
CONFORMIDAD

CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

Non mea voluntas, sed tua fiat.
Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya.
(Luc. xxii, 42.)

Toda nuestra vida debe ser una continuada conformidad con las órdenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con nosotros. Sin esta sumision, la virtud no es más que, ó una disposicion natural, ó un querernos complacer á nosotros mismos: sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra única ley, las inconstancias de nuestro corazon nuestra regla, y el capricho de nuestros deseos nuestro freno y el único motivo de nuestra conducta: en una palabra, nosotros hacemos de nosotros mismos nuestra propia divinidad.

En la conformidad con la voluntad de Dios consiste todo el precio de nuestros sacrificios, el mérito de nuestra paciencia y la santidad de nuestras alegrías: ella es la que quita las amarguras á nuestras aflicciones y el veneno á nuestras prosperidades; la que fija nuestras irresoluciones, la que calma nuestros temores, alienta nuestros desmayos y regla nuestras esperanzas. Es la seguridad de nuestro celo y el consuelo de nuestros disgustos: en suma, asegura todas nuestras virtudes, y nos hace útiles aún nuestras imperfecciones.

Esta virtud inspira los buenos consejos, responde de la felicidad de nuestras empresas, nos hace dueños de los sucesos, san-

tifica todos los estados, regla todas las obligaciones; y mantiene la subordinacion de los pueblos, la autoridad de los imperios, la majestad de los soberanos, la fidelidad de los vasallos, la desigualdad de las condiciones, toda la armonia del cuerpo político; y hace que cada uno, contento con su suerte, no mire con envidia la ajena, y no piense mas que en cumplir y santificar las obligaciones de su propio estado.

¿De qué proviene pues, oyentes, que esta conformidad tan necesaria, y de tanto consuelo, sea tan rara entre los fieles? ¿De qué proviene, que en medio de la continúa sucesion de las cosas humanas, vivamos casi todos como si no hubiera un Sér soberano, superior á nosotros, que las gobernase; como si el acaso fuera el solo Dios del universo, ó como si nosotros mismos fuéramos los artifices de la felicidad ó desgracia de nuestra suerte?

Permitid, pues, que os hable de una materia de tanta importancia.

Manifestaré, primeramente, las causas ocultas de nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. En segundo lugar, las utilidades que acompañan á la sumision á su voluntad santísima.

Es decir: ¿de qué proviene, que nunca queramos nosotros lo que Dios quiere? Y no obstante esto; ¿de qué proviene, que sea de tanta suavidad y consuelo el no querer sino lo que quiere Dios? Implorémos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las principales causas de nuestra resistencia á la voluntad divina son: primeramente, una vana razon, que todos los dias llama las obras del Señor al juicio de las propias luces, que quiere íntimamente conocer lo que debiera adorar, y condena con temeridad lo que no puede comprender. En segundo lugar, un exceso de amor propio, que hace que todo lo atribuyamos á nosotros mismos, y que nos miremos como si fuéramos solos en el mundo y todo se hubiera hecho para nosotros. De modo, que todo lo que no se comprende en el plan de nuestros fines y de nuestras pasiones, nos altera. En tercer lugar, finalmente, una falsa virtud, que bajo el pretexto de buscar á Dios, no busca mas que á sí misma, y sustituye siempre los deseos inútiles de un bien, que el Señor no nos pide, á las obligaciones que su santa voluntad nos ha impuesto.

Primeramente, una vana razon. Nosotros siempre queremos que Dios dé cuenta de su conducta; y siendo unas vanas criaturas, continuamente nos atrevemos á llamar al Señor á juicio con nosotros. Pues ¿qué otra cosa oímos todos los dias en el mundo, sino

reflexiones insensatas en orden á los fines de Dios? Continuamente se le pregunta la razon de la incomprendible sabiduria de sus consejos y de los arcanos de su providencia. ¿Por qué permite tantos infieles en la tierra? Por qué no se salvan todos los hombres? ¿Por qué ha hecho tan difícil la salvacion? ¿Por qué á los hombres los hizo tan flacos? Por qué no ha hablado con mas claridad acerca de las mas de las cosas que debemos creer? ¿Por qué permite tantos sucesos tan funestos á la fe y á la gloria de su Iglesia? Y otras mil ridículas preguntas con que intenta el hombre burlarse de Dios. El vil esclavo quisiera llamar á cuentas á su Señor soberano; el vaso de barro se atreve á preguntar al soberano Artífice ¿por qué le hace de este modo? Si los príncipes, en la conducta de los negocios públicos, y en las infinitas máquinas con que mueven todo el cuerpo de los estados é imperios, tienen secretos que nosotros no podemos penetrar; ¿por qué hemos de querer que Dios, en sus eternos fines acerca de la salud y destino de los hombres, no los tenga para sus criaturas? Si el gobierno de un solo estado pide consejos ocultos y medidas desconocidas, que muchas veces nos alteran, porque no conocemos las razones y utilidades secretas; ¿por qué hemos de querer, que el gobierno del universo, que la conducta universal de todos los hombres y de todos los siglos, desde el principio hasta el fin del mundo, no tenga, respecto de nosotros, ciertos secretos y ciertas oscuridades, con que las razones eternas se ocultan á nuestras débiles luces?

Adoremos los secretos de Dios, hermanos míos. Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable; ¿por qué no hemos de inferir, que lo es tambien lo que no conocemos? Si es sábio en las obras que nos manifiesta; ¿por qué no lo será tambien en las que nos oculta?

La segunda causa de nuestra oposicion á la voluntad de Dios, es el excesivo y desordenado amor de nosotros mismos. Como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos, y no hacemos caso de cuanto pasa en el mundo, sino en cuanto dice relacion con nosotros; como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisiéramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros; que se conformase con el plan de nuestro amor propio; que no obrase sino para nosotros solos; que todo lo ordenase á nosotros solos; que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así, nosotros,

que no somos mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiéramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto; que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos; que el sol solamente saliese y se ocultase para nosotros.

Y de aquí proviene, primeramente, que ni en la afliccion, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en orden á nosotros mismos. De este modo, cualquiera cosa que turba un solo instante nuestros placeres; cualquiera cosa que descompone la soberbia y ambicion de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios; creemos que nos mira con ceño y nos maltrata. En segundo lugar, se infiere, que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos, y no ponemos límites á nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado: siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio: si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos: nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos y en medidas: no sabemos gozar tranquila y cristianamente de lo que nos ofrece la Providencia.

En tercer lugar, se infiere, que como nuestro amor propio se ha apoderado de todo el universo, y miramos todo lo que deseamos como herencia nuestra, la felicidad de nuestros prójimos nos turba y ofende; miramos con envidia su elevacion; su prosperidad nos inquieta; su fortuna es nuestra desgracia; cuanto les es favorable, lo volvemos contra nosotros; no sabemos querer lo que Dios quiere; y no contentos con nuestras desgracias, nos formamos tambien un infortunio de la felicidad de nuestros prójimos.

Ultimamente, se infiere, que como juzgamos ser los únicos que poseemos la prudencia, cuanto no se acomoda con nuestras ideas y con nuestro modo de discurrir en la disposicion de las cosas de la tierra, lo censuramos y reprobamos: quisiéramos que nuestras ideas y consejos arreglasen la fortuna del público; no respetamos como debemos el orden de Dios, en el orden exterior de este mundo visible.

¡Qué grande y qué magnífico es el mundo, hermanos míos! ¡Qué orden, qué sabiduría, qué magnificencia ofrece á nuestra vista el gobierno de los estados é imperios, cuando en él contemplamos á un Dios invisible, que dispone de todo cuanto en él hay, con peso, con número y con medida! Pero, si separais á Dios, si considerais al mundo por si solo, si no mirais en él mas que las pasiones humanas, que parece lo ponen todo en movimiento; si no contemplais en él la voluntad eterna del Señor, que es el invisible principio que comunica

el movimiento á todas las cosas; entónces no es más que un cáos, un teatro de confusion y desórden, en el que ninguno está en su puesto.

La última raiz de nuestra oposicion á la voluntad divina, es una falsa virtud. Nunca queremos buscar á Dios por los caminos que nos abre su mano misma; y hacemos que consista la virtud, no en querer lo que Dios quiere, sino en escuchar nuestras inclinaciones y seguirlas.

En primer lugar: punca nos agradan las obligaciones de nuestro estado; y siempre hacemos, en lugar de ellas, otras obras arbitrarias, que no nos pide Dios. En segundo lugar: si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos á este estado la culpa de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios: nos figuramos, que con una salud más segura, cumpliríamos con mil ejercicios de piedad para los cuales nos hallamos inhábiles: no acabamos de comprender, que el Señor sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; que nosotros no debemos escogernos el camino; y que toda la perfeccion de la fe y toda la seguridad del alma fiel consiste, en no querer más que lo que Dios quiere.

En tercer lugar: no sufrimos con paciencia nuestras propias imperfecciones; somos molestos á nosotros mismos; aquellas infidelidades que todos los dias advertimos en nosotros, causan muchas inquietudes á nuestro amor propio, y nos disgustan de la virtud: quisiéramos no ver en nosotros nada que reprender, vivir satisfechos de nosotros mismos, aplaudir en nuestro interior nuestra virtud, y gozar del lisonjero testimonio de nuestra conciencia; nuestras faltas nos inquietan, y nos acobardan en el camino del Señor, porque nos turban aquella paz, absolutamente humana, y humillan aquella oculta soberbia, que busca dentro de nosotros mismos una vana condescendencia: no sabemos mirar nuestros defectos como permission de Dios, y sacar de ellos la utilidad que se propone su sabiduría: Dios quiere que obremos nuestra salud con temor y temblor, y nosotros quisiéramos obrarla con una entera seguridad. En cuarto lugar: si los pecadores revestidos de la pública autoridad, ponen algun obstáculo á nuestro celo, ó algunas contradicciones á las empresas que son útiles á la virtud, no observamos con ellos regla alguna de caridad: creemos tener derecho para declamar contra sus malas intenciones, para descubrir sus vicios, para hacerlos pasar por enemigos públicos de todo lo bueno, y de la justicia; con pretexto de que gemimos oprimidos de su ceguera, nos cegamos á nosotros mismos; y en vez de pedir á Dios en silencio, que mude su corazon, y dejar en sus manos

los intereses de su Iglesia, á la que sabrá proteger á pesar de la malicia y poder de los hombres, nos persuadimos á que el título de protectores de la piedad, nos autoriza para violar las leyes de la piedad misma.

Finalmente, no podemos sufrir los desórdenes de nuestros iguales, de nuestros parientes, de nuestros superiores con quienes tenemos que vivir: tenemos por virtud el censurarlos, el desacreditarlos, el exasperarlos; nos quejamos de nuestra suerte, que nos une con lazos de obligacion y sociedad á unas personas que viven como paganos, sin pensamiento alguno de piedad ni de religion: tendríamos por mucho mayor bien el vivir entre unas almas fieles, que pensasen como nosotros; y con la amargura y aspereza de nuestra compañía, hacemos que la piedad les sea tan odiosa como nosotros mismos. Despues de haberos manifestado los obstáculos, que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos, que nos facilita la sumision á su santísima voluntad.

2. Tres copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana: los vanos pronósticos de lo futuro; las infinitas inquietudes acerca de lo presente; y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro, nos inquieta con sus temores y esperanzas; lo presente, nos agita con sus embarazos y contratiempos; finalmente, aún lo pasado, nos atormenta, haciéndonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres, que no viven de la fe y en dependencia de Dios. La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro: nos hace mirar con tranquilidad lo presente: y acordarnos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones, nos hace hallar en Dios y en la continua conformidad con sus órdenes, la paz y el consuelo, que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones, ni en sí mismo.

Digo, que esta sumision hace esperar lo futuro sin inquietud. Una alma sometida á la voluntad de Dios, no padece estas inquietudes, estos miedos, ni estos cuidados, que agitan á los hijos del siglo. Sabe que lo futuro está determinado en los consejos eternos de la Providencia: que no pudiendo nuestras inquietudes y cuidados mudar ni aún el color de un solo cabello, mucho ménos mudarán el orden de estos inmutables decretos: que nada se arriesga en entregarse á él, en órden á todo lo que debe suceder: que el saber, que todo un Dios se digna de mezclarse en lo que nos pertenece, nos sirve de consuelo, y aún mucho más el leer en los libros santos, que nos manda, que nos entreguemos á él solo; y finalmente, que él se encarga de lo fu-

turo, y solo nos manda, que santifiquemos con la fe el uso de lo presente.

No quiero decir con esto, que la fe autoriza la pereza ó la imprudencia; y que para estar sujeto á Dios, en orden á lo futuro, sea preciso entregarse á él; de tal modo, que se abandonen todos los cuidados y se desprecien todas las precauciones. El fiel confía en Dios, pero no le tienta: trabaja como si todo dependiera de si mismo; está tranquilo en orden al suceso, porque conoce que todo depende de Dios; usa de prudencia en la eleccion de los medios, pero permanece con sencillez y sumision esperando los sucesos: en una palabra, la prudencia es comun al fiel y al mundano; pero la paz y la tranquilidad solo son para el fiel. Pero cuando digo *comun*, quiero decir, que les es comun solo el nombre de prudencia, porque hay gran distincion en las señales de una prudencia cristiana y sujeta á Dios, y las de una prudencia humana.

La segunda raiz de las inquietudes humanas son los sucesos presentes, y lo que todos los dias pasa á nuestra vista. Casi nunca nos sucede cosa alguna segun nuestros deseos; lo que amamos, nos abandona; lo que deseamos, huye de nosotros, y siempre nos sucede lo mismo que tememos. Nunca somos felices en todo; si la fortuna nos halaga, la salud nos abandona; si gozamos salud, nos falta la fortuna; en cualquiera situacion que nos hallemos, siempre falta alguna cosa á nuestra felicidad; y lo peor que tiene el hombre es, que un solo pesar puede más para con él, que mil placeres; y lo que le falta, por poco que sea, emponzoña todo cuanto posee. Pero una alma fiel halla, en una conformidad absoluta á las órdenes de Dios, un alivio siempre pronto á los estorbos de su presente situacion. Los hombres, á quienes nos entregamos, no nos podrán sacar de los enredos y peligros en que nos empeñan. Todos los dias vemos á los amadores del mundo, caer con sus protectores y con aquellos apoyos de carne y sangre en quienes ponen una vana confianza. Infinitas circunstancias hay, en que los hombres, con todo su poder, nada pueden hacer por nosotros; á lo ménos, nunca podrán hacernos más felices que ellos; y como ellos nunca son enteramente dichosos, no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya, ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer para sí mismos. Pero el gran consuelo para una alma sometida á Dios, es el poderse decir á sí misma: Dios es bastante poderoso para sostenerme; nada aventuro en dejarle obrar; tiene remedios para todas mis necesidades; lo que á los hombres parece desesperado, es fácil á su poder; quiere que esperemos contra la misma esperanza; y cuanto más inútiles parecen los socor-

ros humanos, más bien acude á socorrernos, para acostumbrarnos á que todo lo esperemos de él, y á no poner nuestra confianza en los hombres.

En segundo lugar: nos sometemos á la voluntad de un Dios sábio, que tiene sus eternos fines en los sucesos, que nos proporciona; que ve las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca; que nada hace por acaso, y conoce los sucesos, aún ántes de tomar las medidas. ¡Ah! nosotros podemos inquietarnos acerca del estado que nos proporcionamos nosotros mismos, porque no nos conocemos bien para poder determinar lo que nos conviene; y, por lo comun, en nuestras elecciones, más consultamos los intereses de nuestra pasion, que los de nuestra alma; pero lo que consuela á una alma fiel sometida á Dios, es la sabiduría del mismo Señor en quien pone su confianza. Dios tiene sus razones, se dice continuamente el alma fiel, para colocarme en estas circunstancias; y aunque yo no las conozco, no por eso son ménos justas y adorables. Yo no debo medir sus incomprendibles fines con mis luces flacas y limitadas. Es verdad, que yo no veo á donde pueda conducirme por los caminos por donde me lleva; pero una vez que su mano es quien me los franquea, no hay más que caminar sin temor. Muchas veces guía hácia la tierra de promision por los rodeos penosos y áridos del desierto, y casi siempre nos oculta sus fines por dejarnos entero el mérito de la sumision y de la confianza. Finalmente, debemos caminar sin temor, no solo porque nos sometemos á la voluntad de un Dios poderoso y sábio, sino tambien de un Dios bueno, compasivo y misericordioso, que nos ama y no quiere más que nuestra salvacion. Los hombres, muchas veces fingiendo favorecernos, solo intentan dañarnos; en tanto nos estiman, en cuanto les somos útiles; más bien quieren aprovecharse de nosotros para su felicidad, que hacernos dichosos. Pero Dios solo quiere nuestra salvacion: cuanto dispone en orden á nosotros, no lo dispone más que para nosotros. Solamente nuestros intereses eternos reglan sus pasos en orden á nosotros: si nos castiga, es por salvarnos; si nos humilla, no intenta más que nuestra salvacion; si nos eleva, nuestra salvacion es quien le mueve; por último, en cualquiera situacion que nos coloque, siempre es Padre que nos guía, amigo que nos gobierna, protector que nos ampara, guía que nos dirige y enseña los caminos.

En fin; los disgustos de lo pasado son el último manantial de las inquietudes humanas. No nos acordamos de los molestos sucesos de nuestra vida, sino con unas tristes representaciones que emponzoñan la memoria. Nuestras pasadas pérdidas nos atormentan, aún con

las inútiles reflexiones acerca de las medidas que pudiéramos haber tomado para evitarlas. Continuamente nos estamos acusando de haber sido nosotros mismos los autores de nuestras desgracias. Continuamente nos estamos diciendo, que si hubiéramos tomado tal ó cual precaucion, nos hubiéramos ahorrado muchas lágrimas y pesares; añadimos á nuestras desgracias la de atribuir las á nuestra inconsideracion. Despues de hecho el daño, nos representamos como muy fáciles los medios de evitarle, para sentir más vivamente la pena de haber caido en él; y en vez de contemplar en esto la sabiduría y voluntad de Dios, que lo gobernaron todo, y que debieran hacernos olvidar nuestras penas, no miramos en ellas más que nuestros engaños, los que aumentan nuestros pesares y hacen que sean eternos nuestros trabajos. Pero las almas sometidas á Dios no se ocupan más que en meditar en los grandes sucesos, que les han acaecido, en las maravillas del Señor y en el orden de su adorable voluntad; se acuerdan de los diferentes caminos por donde las ha conducido su sabiduría; admiran en ellos las inefables disposiciones de su providencia; este es el libro en que continuamente estudian las grandezas de Dios y sus misericordias para con las criaturas; este es el más suave consuelo de su peregrinacion: miran á Dios en todas las cosas; el invisible es como visible para ellos en todos los diversos y maravillosos sucesos de su vida; no ven más que á Dios en el universo, y nunca cuentan con los hombres de quienes se sirve su sabiduría para cumplir sus adorables fines.

Estas son las utilidades, que sacan los fieles de la sumision á las órdenes de Dios: á cualquiera parte de la vida humana, que os volvais, no hallareis más que este punto fijo, y este consuelo sólido: sujetarse á Dios, y no querer sino lo que Dios quiere. Este es el gran secreto de la piedad cristiana, la más preciosa utilidad de la fe, y la mayor ciencia de una alma fiel. Fuera de esto; ¿qué es la vida humana, más que un mar furioso y agitado, en el que siempre estamos al arbitrio de las olas, y en el que cada instante se muda nuestro estado y nos dá nuevos sustos? ¿Qué son los hombres sino el triste juguete de sus insensatas pasiones, y de la continua variedad de los sucesos?

Gran Dios, ¿por qué no os ha de estar sujeta mi alma? *Nonne Deo subjecta erit anima mea.* PSALM. LXI, 2. ¿Sois, por ventura, algun Señor tan cruel, que haya peligro en poner nuestra suerte en vuestras manos? ¿Qué es lo que yo puedo temer, en orden á cuanto me pertenece, oh gran Dios, entregándome todo á vos solo? ¡Ah! mientras que yo mismo he querido ser el árbitro de mi suerte, me he

confundido con mis propios proyectos; jamás han correspondido los sucesos á mis deseos y medidas. Vos, Señor, os divertiais en trastornar el edificio, segun yo le iba levantando; queriais enseñarme, que el hombre edifica en vano la casa, y que si no la sostiene y levanta vuestra soberana mano, solo se dispone tristes ruinas: que es mucho más seguro el dejaros obrar á vos solo, Dios mio, ó no obrar sino segun vuestras órdenes. ¿De cuántas inquietudes me hubiera librado, si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos mis pesares; en mi sumision á vuestra voluntad santa, hubiera hallado la paz, que jamás he podido hallar en el mundo, ni en mi propio corazon, y, despues, la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado más, que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna: recompensa, que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Poniendo por tema las palabras del salmo V: *scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos*: se prueba, que la voluntad de Dios es como un escudo, que nos defiende, 1.º de nosotros mismos: 2.º de nuestros enemigos exteriores.

I. Aunque nuestros enemigos exteriores nos concedan alguna tregua, tenemos siempre que luchar con la triple concupiscencia, esto es, con las riquezas, los deleites, los honores. La voluntad de Dios nos pone á cubierto de esta triple concupiscencia; pues el que se conforma con esta voluntad, se contenta con lo que el Señor le concede, y hace un santo uso de todos los dones divinos.

II. Esta voluntad divina, es un escudo maravilloso contra nuestros enemigos exteriores. Nos consuela en la pérdida de los bienes, como lo prueba el ejemplo de Job; en los desprecios, como lo demuestra la conducta de David; en los peligros y tentaciones, como es de ver en Susana; en las injusticias y crueldades, testigo el antiguo José; en las enfermedades, como vemos en santa Teresa, santa Clara y otros Santos.

II.

Jesucristo nos enseñó á pedir, que se haga la voluntad de Dios. Esta voluntad debe ser cumplida siempre y por todas partes: 1.º En-

teramente; porque hemos de respetar en todas sus disposiciones el derecho que tiene sobre nosotros: 2.º Indiferentemente, ya nos conceda prosperidad, ya, adversidad; pues es el mismo Dios que nos envía una y otra. 3.º Universalmente, esto es, no solo en nuestros asuntos particulares, sino en las desgracias comunes ó públicas. 4.º Prudentemente, examinando con diligencia, que es lo que quiere de nosotros; no sea que, bajo pretexto de hacer la voluntad de Dios, hagamos la nuestra. 5.º Constantemente, á ejemplo de Jesucristo, el cual, poco antes de espirar, dijo: *consummatum est*.

DIVISIONES.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.— Debemos conformarnos con la voluntad de Dios:

1.º Porque es nuestro Criador: 2.º porque es nuestro Salvador: 3.º porque es nuestro Protector.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.— Cuando nos conformamos con la voluntad de Dios le ofrecemos un sacrificio:

- 1.º El más noble.
- 2.º El más ventajoso.
- 3.º El más suave.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Num Dei possumus resistere voluntati? GENES. I, 49. ¿Podemos acaso nosotros resistir á la voluntad de Dios?

Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum. JOB. I, 21. El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor.

Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat. I REG. III, 48. El es el Señor: haga lo que sea agradable á sus ojos.

Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu. PSALM. CXLII, 10. Enséñame á cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios.

Fiat voluntas tua sicut in caelo, et in terra. MATTH. VI, 10. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in reg- No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará por

num caelorum, sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum caelorum. MATTH. VII, 21.

Ille servus, qui cognovit voluntatem Domini sui, et non fecit secundum voluntatem ejus, vapulabit multis. LUC. XII, 47.

Descendi de caelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me. JOANN. VI, 38.

Nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quae sit voluntas Dei. EPHES. V, 17.

Qui facit voluntatem Dei, manet in aeternum. I JOANN. II, 17.

eso en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

Aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no se portó conforme quería su Señor, recibirá muchos azotes.

He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel, que me ha enviado.

No seáis indiscretos é inconsistentes, sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.

El que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Nada más justo y conforme, que el sujetarnos á la voluntad divina, aún en aquellas cosas de sí indiferentes, pero que no son tales, desde el momento en que se nos manifiesta la voluntad de Dios. El hombre puede desear y pretender cosas lícitas, y aun buenas, mientras no se le manifieste en contrario la voluntad divina; pero si ésta, al manifestársele, es contraria á sus pretensiones, aunque justas, debe el hombre renunciarlas y obedecer la voz de Dios. ¿Qué cosa más justa para Abrahán, que el conservar la vida á su hijo Isaac, fruto de grandes promesas y objeto de las más lisonjeras esperanzas? Esto, no obstante, al momento que Dios se lo pidió en holocausto, la conservación del hijo, antes tan justa, habría sido pecaminosa, como contraria á la voluntad divina.

Un ejemplar perfectísimo de conformidad, digno de ser imitado por todos los cristianos, fué el patriarca Job. En todas sus desgracias, solo vió la mano de Dios, que le humillaba: no dió la culpa á los ladrones, que le robaron sus reses; ni á los vientos, que arruinaron su casa; ni al fuego, ni á la envidia, ni á otra cosa; sino que á todas estas desgracias solo contestó: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum.* (cap. 4.)

El patriarca José, léjos de atribuir á sus hermanos su esclavitud,

su desgracia é injusto encarcelamiento, solo lo atribuye á la voluntad divina. GENES. XLV, 8.

Observemos al virtuoso Tobías, que privado de la vista por sus obras de misericordia, y siéndole pesada su vida por no poder continuar practicándolas, desea morir, y lo pide á Dios: pero ¿cómo? Oigámosle: *Et nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum.* TOB. III, 6.

Mas, donde encontraremos mucho que admirar y que imitar, es en nuestro Señor Jesucristo, víctima perfectísima de su conformidad á la voluntad del Padre. A más de las repetidas veces, que declara ser su objeto, su vida y su alimento, el cumplir esta soberana voluntad, son muy significativas aquellas palabras, que S. Pablo le pone en boca: *Hosiam et oblationem noluit, corpus autem aptasti mihi: holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: ecce venio: in capite libri scriptum est de me,* etc. HEB. X, 5.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dicimus: fiat voluntas tua: non ut Deus faciat quod vult, sed ut nos facere possimus, quod Deus vult. S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMIN.

Satanæ voluntas semper iniqua est, sed numquam potestas injusta; quia à semetipso voluntatem habet, sed à Domino potestatem: quod enim facere inique appetit, hoc Deus fieri non nisi juste permittit. S. GREG. LIB. II, MORAL. CAP. 6.

Da, Domine, quod jubes, et jube quod vis. S. AUG. IN CONFESS. CAP. 29.

Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei. IDEM IN PSAL. CXLVIII.

Qui sunt recti corde? Qui voluntatem suam ad Dei voluntatem dirigunt, non voluntatem Dei ad

Cuando decimos: hágase tu voluntad; no pretendemos que Dios haga lo que quiera, sino que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere.

La voluntad de Satanás siempre es mala, su poder nunca es injusto; porque si la voluntad es suya, el poder lo tiene del Señor; y lo que él desea hacer por malicia, Dios no se lo permite sino con justicia.

Concededme, Señor, gracia para hacer lo que me mandais, y mandadme lo que quisierais.

Todo lo que en esta vida acaece contra nuestra voluntad, sabed que no sucede sino por voluntad de Dios.

¿Quiénes son los rectos de corazón? Aquellos que conforman su voluntad á la de Dios, sin pre-

suam curvare conantur. IDEM IN PSALM. CXXIII.

Velle quod Deus vult, hoc est jam similem Deo esse. S. BERNARD.

Ita subjici voluntas nostra debet voluntati divinæ, ut quod certum est eum velle, id nos velimus omnino, et quod certum est nolle, similiter execremus. IDEM IN SERM. DE SUBJECT. DIVIN. VOLUNTATI.

Hoc perfectæ conversionis est forma: Domine, quid me vis facere? IDEM SERM. 1 IN CONVERS. S. PAULI.

tender forzar la voluntad de Dios á sus deseos.

Querer lo que Dios quiere, es hacerse ya semejante á Dios.

Nuestra voluntad debe sujetarse de tal modo á la de Dios, que queramos absolutamente lo mismo que él quiere, y que detestemos lo que él ciertamente no quiere.

Esta es la fórmula de una perfecta conversion, decir: Señor, ¿qué quereis que haga?

CONFUSION

DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

Vis, imus, et colligimus ea? Et ait: Non.

¿Quieres que vayamos á coger la zizaña? A lo que le respondió: No.

(Matth. XIII, 28 et seq.)

La divina sabiduría permite la confusion de la zizaña y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y otros, medios de conversion, y ocasiones de mérito. Y cuando los siervos del Padre de familias, movidos de los escándalos, que afrentan su reino, le piden que les permita arrancar la zizaña, que el